

EL APUNTE

JOAN FONT ROSSELLÓ

El pánico de los 'poltrónidas' salva a Estaràs

La irrupción de Carlos Delgado como líder en el PP balear ha puesto de manifiesto todas las carencias de una Estaràs capitidismínida. De no ser porque todo estaba atado y bien atado, el desenlace del congreso regional habría sido muy distinto. ¿Existió alguna vez una candidatura oficial que mereció tanto perder y sin embargo ganó? ¿Existió alguna vez un candidato alternativo que mereció tanto ganar y sin embargo perdió? Los antológicos cuarenta minutos de Carlos Delgado en el estrado pasarán a los anales de la historia del PP balear. Ya son leyenda. La sensación se palpaba en el ambiente: el PP sale con una presidente débil pero ha nacido una estrella, un líder de verdad: Carlos Delgado. Su intervención, memorable, estuvo a la altura de una película americana con un guión difícilmente digerible para los poltrónidas y pesebristas que no daban crédito al vendaval que les caía encima. Sus caras, un poema, lo decían todo, descompuestas. Antes del huracán, algunos de ellos habían soñado, ingenuos, que Estaràs se comería a su rival en un debate cara a cara. Ocurrió lo contrario. Delgado la arrolló, la destrozó. Antes Estaràs había tratado de acobardar psicológicamente a su contrincante —que ni se inmutó— con un desfile multitudinario de alcaldes, números uno y vacas sagradas que por poco hundían el escenario. No faltaba nadie. Respaldo a la candidatura oficial, aparcando sus odios y luchas intestinas, estaban todos, la flor y nata del partido. Desde Rodríguez hasta Cirer. Desde Miquel Ramis a Antoni Pastor. Desde Pere Rotger a Jaume Font. Desde Cati Soler a Miquel Vidal. Desde Cabrer a Flaquer. Desde Castillo al grandioso Tito Fiol. Sólo faltaban Cañellas y Matas para coronar este monumento a la *poltronitis* en que se había convertido la lista oficial. El desequilibrio de fuerzas era patente. Alcaldes y alcaldables de las juntas locales que veían hace sólo unas semanas con buenos ojos la candidatura de Delgado, incluso hasta el punto de plantearse darle apoyo público, subían al estrado apoyando a Estaràs. La presión del aparato ha sido brutal desde que se entreabrió la posibilidad de que Delgado alcanzara el mínimo de avales necesarios. Esta presión ha hecho imposible que Delgado capitalizara gran parte del voto de descontento que sí se respiraba en nuestras primeras visitas a las juntas locales, cuando todavía el aparato tenía la guardia baja. Asustada, a Estaràs no le ha quedado más re-

medio que pactar con todo el mundo, restituyendo incluso a Gabriel Cañellas, su padre político. Su candidatura se ha convertido en el refugio de los vividores y los *poltrónidas*, muertos de miedo ante la mera posibilidad de perder el sillón. Todos contra uno. En defensa de las sopas.

El resultado del congreso ha sido una mera constatación del corporativismo de la peor especie, de las solidaridades gremiales de los que llevan años repartiéndose el botín sin gloria ninguna. Les ha unido el miedo a perder la silla y su complejo de inferioridad al saberse inferiores en todas las facetas del juego —intelectual, ideológica, moral—. Los que seguíamos a Delgado en sus visitas a los pueblos conocíamos de sus virtudes oratorias y del entusiasmo con que era acogido su mensaje renovador. Y ello partiendo con la

«La candidatura de Estaràs se ha convertido en el refugio de los vividores y los 'poltrónidas', muertos de miedo ante la posibilidad de perder el sillón»

desventaja inicial de no haber anunciado su candidatura antes de las elecciones de compromisarios, lo que mermaba sus posibilidades de éxito. Aun así, con todo en contra, la candidatura oficial sólo ha podido atraer el 48% de los censados. Imagínense si a Delgado le hubieran dado también la oportunidad de quitar y poner en el censo el mismo número de compromisarios, un centenar aproximadamente, que finalmente Fiol y los oficialistas han metido por la puerta de atrás, vulnerando el reglamento.

Porque este tercio del partido que sigue a Delgado es mayor a nivel de calle, como demuestran los datos del trotódromo. La elevada abstención, los blancos y los nulos reflejan la impotencia y la frustración por la

falta de renovación. La falta de principios a los que consagrar su acción política hace de Estaràs una líder frágil, incapaz de ilusionar a los militantes que, contrariamente a lo que piensa el economista Rajoy, se mueven no tanto por el bolsillo como por algunos principios básicos. Igual que los marxistas, yerran al creer que todos los problemas de los ciudadanos se limitan a la marcha de la economía.

Estaràs había repetido que no quería debatir de puertas para afuera. Nos había emplazado una y otra vez al debate congressional. Nos había hurtado todos los cara a cara que le había ofrecido su contrincante. A la hora de la verdad, a tenor de su discurso del sábado, lleno de lugares comunes y vaguedades, la verdad resplandecía por fin: no tenía nada que decir. Sólo le interesaba el poder. Siendo así, mejor no mojarse. De ahí su silencio dilatorio durante estos meses. Llorenç Villalonga sabía muy bien qué ocultaba este silencio dilatorio. Lo describió brillantemente valiéndose del Marqués de Collera, un cacique que, en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, tenía buenos pretextos para callar. Igual que Estaràs.

«*Mai no havia tingut imaginació. El seu partidaris començaven a queixar-se de la manca d'orientacions en què els tenia el marquès. (...) La Dictadura el tragué d'una situació compromesa... «No diré una paraula», exclamà joiosament, «mentre perduri l'actual estat de coses». L'estat de coses durà set anys. Durant aquest temps, el marquès complí la promesa. La seva figura creixé extraordinàriament. Els periodistes no aconseguíen traure d'ell sinó amables somriures... (...) «Respectin la meua reserva. Parlaré quan arribi el moment». (...) A Palma hi havia expectació per conèixer les orientacions polítiques del marquès. Després de la caiguda de Primo, es digué que donaria una conferència al casino. «Imaginin vostès», deia el President, «quina expectació hi haurà per sentir un home de cultura i la talla de Collera, que durant tant de temps no ha volgut obrir la boca!». Passaven mesos. El conferenciant es documentava. La gent començava a escamar-se. (...) [El marquès] no tenia absolutament res a dir, i comprenia que parlar seria el principi del descrèdit. La mort... li salvà, a costa de la vida, la reputació» (Mort de Dama). En el congreso del sábado no fue la muerte, afortunadamente, la que salvó del descrédito a Estaràs. Fue el pánico de los *poltrónidas*.*